

maniobraban hácia Suiza; de suerte que sujetaba un vínculo á cada uno de ellos, á Blucher á la parte del Norte, y á Schwarzenberg á la parte del Este. Además, precisados á no alejarse demasiado uno de otro, bajo pena de correr los mayores peligros, se hallaban insensiblemente constreñidos Blucher á seguir el Marne y Schwarzenberg el Sena, á no ser que para marchar sobre París se juntaran en una sola columna.

Al hilo de semejante estado de cosas, profundamente estudiado, ajustó Napoleon todas sus providencias.

A la sazón las dos columnas enemigas no formaban al parecer mas que una sola, cuya dirección natural eran Troyes y las márgenes del Sena. Así Napoleon aplicóse á formar su principal reunión de tropas hácia Troyes. Con tal objeto volvió á enviar de Arcis á este punto al mariscal Mortier con la Guardia. En Piney, mitad de camino de Brienne á Troyes, situó al general Gerard con la division de Dufour, primera de reserva. Se debe recordar que en el mismo Troyes se había empezado á formar la segunda bajo el general Hamelinaye, y que aun no contaba mas de cuatro mil hombres. Napoleon dispuso que se elevara á ocho mil lo mas pronto posible, y que entretanto la reforzaran todas las guardias nacionales de la Borgoña. Con Hamelinaye y Gerard, que contaban doce mil hombres y con los quince mil de la Vieja Guardia, podia disponer Mortier de veinte y siete mil soldados. Otros quince mil procedentes de España en posta esperaba agregarle Napoleon dentro de pocos dias, formando así una masa de cuarenta mil hombres, y siendo treinta mil de ellos las tropas mejores del mun-

do. Unido personalmente á Mortier con los veinte y cinco mil hombres que tenia á su inmediato mando, como lo podia efectuar en una buena marcha, ya se hallaría á la cabeza de sesenta y cinco mil combatientes para hacer cara al grande ejército de Schwarzenberg, lo cual en su situacion actual constituia una fuerza considerable y casi suficiente para disputar el terreno, segun la manera con que se batia. Al mismo tiempo dedicó nuevo cuidado á la defensa del Sena y del Yona, y reiteró la orden de enviar á Pajol toda la caballería disponible en Versailles, además de la pequeña reserva que por Orleans llegaba de Burdeos. Con estos recursos debia Pajol guardar á Montereau, Sens, Joigny, Auxerre, y adelantar sus partidas de caballería por el canal de Loing hasta el Loira, á fin de vigilar toda tentativa de Schwarzenberg fuera del círculo presumible de sus operaciones.

Al lado opuesto, esto es, hácia el Marne, renovó Napoleon al mariscal Macdonald la orden de trasladarse á Chalons con cuanto pudiera traer de las provincias rhinianas, y al duque de Valmy la de reunir en la Ferté-sous-Jouarre, en Meaux, en Chateau-Thierry, las guardias nacionales que le fuera posible, de barrear los puentes de estas diversas ciudades, y de almacenar los víveres del país en ellas. Por este lado las fuerzas eran menores; pero allí solo se podia presentar Blucher, si se separaba de Schwarzenberg, y en tal caso, acechándole Napoleon como un cazador á su presa, se hallaba pronto á seguirle para cogerle por la espalda ó de flanco. A la par reiteró sus instancias para que se organizaran en París nuevos batallones y nuevos escuadrones en Versailles, con el fin

de agregar brevemente quince mil hombres á los veinte y cinco mil que tenia bajo su directo mando. De cumplirse este anhelo, se hallaba casi en aptitud de hacer cara á todos sus enemigos, pues corriéndose con cuarenta mil hombres hácia Troyes, elevaba las fuerzas de Mortier á ochenta mil combatientes, y declinando hácia Chalons hacia subir á cincuenta y cinco mil las de Macdonald, y casi habia lo bastante, ora contra Schwarzenberg, ora contra Blucher. Tambien se aplicó Napoleon á trazar el itinerario del ejército desde Paris hasta las márgenes del Aube, y determinó que pasara por la Ferté-sous-Jouarre, Sezanne, Arcis y Brienne, direccion la mas central y en que hizo almacenar toda clase de recursos. Previendo que tendria que maniobrar muchas veces del Aube al Marne, dispuso que se ciñera Sezanne de empalizadas y se formara allí un vasto almacen de municiones de boca y guerra. En Brienne, donde estaba acampado, asentó su posicion en la manera mejor adaptada al terreno. Asi estableció en Dienville junto al Aube su derecha, que se debia componer de la division de Ricard destacada del cuerpo de Marmont y de Gerard, que tenia orden de correr de Piney á Dienville en caso de ataque. Su centro, consistente en las tropas de Victor, lo puso en la aldea de la Rothière, en medio de una llanura atravesada por el camino real, con la Guardia por reserva. Finalmente situó su izquierda, compuesta del cuerpo de Marmont en Morvilliers á lo largo de una colina bastante elevada delante del bosque de Ajou. A cada gefe de cuerpo, y con especialidad á Marmont encargó mucho rodarse de obras de campaña para compensar nuestra inferioridad numérica en

el caso probabilísimo de un ataque inmediato. Acampado de esta suerte junto al Aube, casi á igual distancia de los dos caminos por donde la coalicion debia intentar proseguir su marcha, Napoleon aguardaba dos cosas; primera que se acabaran de organizar sus recursos; segunda que el enemigo cometiera alguna falta de gran tamaño. Muy lejos estaba de desesperar de que esta última eventualidad se efectuara del todo, conociendo bien á sus adversarios, y despues del combate de Brienne juzgaba la situacion mejorada por extremo. Asi lo escribió á su esposa, á José, al archicanciller Cambacères, á los duques de Feltro y de Rovigo, para que en Paris se le dijera á todo el mundo, y se tranquilizaran todos y se dedicaran con mas celo á las diversas creaciones prescriptas (1).

Entretanto se agitaban en el campo de los aliados muy graves cuestiones políticas á la par que militares. Se reducía la cuestion política, á saber si se entraria con Napoleon en ajuste, y la cuestion militar á decidir si se haria alto en Langres, ó si se

(1) Asi historiadores como autores de memorias, no habiendo leído la correspondencia de Napoleon, ignorando lo que hacia entonces, le declararon casi loco, por haberse detenido en Brienne despues del combate del 29 y por haber querido dar una segunda batalla con tan desproporcionadas fuerzas. Por la relacion que acabamos de hacer se puede juzgar si estaba loco, y si es prudente censurar á un hombre de su altura sin conocer por documentos auténticos sus intenciones. En sus Memorias clama el mariscal Marmont contra la orden que tuvo suya para atrincherarse en Morvilliers. El general Koch, escritor militar excelente, y sin comparacion mas grave que Marmont en sus juicios, pregunta cómo se podia querer dar con treinta mil hombres á todos los ejércitos de la

emprenderia acto continuo el tercer período de la guerra antes de asegurarse por virtud de algunos parlamentos de que la paz era imposible. Naturalmente no queria tratar ni hacer alto el partido de los espíritus fogosos, á cuya cabeza estaban los prusianos y Alejandro por las razones ya manifestadas. A lo contrario propendia el partido moderado, á cuyo frente se hallaban los austriacos y algunos hombres prudentes de las diversas naciones aliadas. Al lord Castlereagh, llegado por fin al cuartel general, tocaba zanjar la disputa.

Para atraerle á su opinion le habia concedido cada cual de antemano el objeto principal de sus votos, esto es, la creacion del reino de los Países Bajos, lo que proporcionaria á Inglaterra la ventaja de despojar de Amberes á Francia, de poner las bocas de los rios en mano capaz de defenderlas, y finalmente de poder pedir á Holanda en galardón de tan magnificas donaciones el cabo de Buena Esperanza, que es el Gibraltar del mar de las Indias, como la isla de Francia es su isla de Malta. Otra confidencia tenia que hacer lord Castlereagh á sus aliados, aunque le embarazaba algo hablar de ella, y consistia en el proyecto de matrimonio de

coalicion una segunda batalla. Por lo precedente se ve cuáles eran los verdaderos designios de Napoleon. Pudiendo operar por Troyes ó por Chalons el enemigo, se debia mantener entre ambos, á fin de correr sobre el camino que fuera mas amenazado, no buscando una batalla general, que es de lo que se le acusa, sino tratando de atender á todas las eventualidades con lo que tenia disponible, esto es, con casi nada. Por consiguiente no hay mas que admirar á la vez su genio y su carácter en esta situacion extraña, y casi sin par en la historia.

la princesa Carlota, heredera del cetro de Inglaterra, con el heredero de la casa de Orange; proyecto que en cualesquiera otras circunstancias suscitara la oposicion de mayor bulto. Mas Alejandro habia acogido estas británicas ambiciones con la sonrisa que otorgaba á las pasiones todas, cuya alianza convenia á sus fines, y mostróse propenso á asentir á todos los votos de Inglaterra. Este proyecto exigia de Austria un sacrificio personal, el de los Países Bajos de su pertenencia, pues en esta vuelta universal á lo pasado, le debieran tocar los Países Bajos en lote. Pero en materia de Países Bajos preferia los de Italia, esto es, Venecia, y así dió su beneplácito á las miras de Inglaterra, bien que no sin adquirir la certidumbre de que en Italia seria remunerada por su sacrificio. Otro postrer punto quedaba sobre el cual tenia lord Castlereagh muy formal voto; que no se tratara del derecho marítimo. ¿Por ventura parece creible? En aquella reunion donde se hallaban potencias con aspiraciones de formar una marina, apenas se ocupaban de derecho marítimo ni poco ni mucho, y se consideraba como negocio particular é interesante á lo sumo para Francia y para Inglaterra, por lo cual esta última lo debia arreglar segun fuera de su agrado. Así á lord Castlereagh se le otorgó todo, reino de los Países Bajos, union por matrimonio entre este reino y el de Inglaterra, y finalmente silencio de la Europa civilizada sobre la legislacion de los mares.

Hechas estas concesiones, faltaba saber por quién se declararia lord Castlereagh entre los que deseaban la paz y los que pedian por el contrario la guerra á muerte. Una vez satisfecho del todo el

poderoso inglés, mostróse completamente razonable, y por ejemplo en la cuestion de tratar ó no tratar con Napoleon estuvo tan hábil como sensato.

Sustancialmente esta cuestion significaba que ya no se quería con Napoleon la menor cosa, y que habia resolucion de destronarle para sustituir otra dinastía á la suya. Esto ofrecia una dificultad á lord Castlereagh asi respecto de Inglaterra como respecto de Austria. Por largo tiempo, segun hemos dicho, se habia acusado á los ministros ingleses, discipulos y sucesores de Mr. Pitt, de sostener contra Francia una guerra de dinastía, y tal costumbre contrajeron de defenderse de este cargo ante el parlamento, que seguian defendiéndose hasta cuando, alentado ya el pueblo inglés con las victorias, no propendia ni de lejos á alegrarlo como capitulo de culpas. Respecto de Austria, se pondria en sumo embarazo al emperador Francisco, diciéndole brutalmente que se le llevaba á París para destronar á su hija. Además, si la vacante del trono de Francia infundia á lord Castlereagh la esperanza de verlo ocupado por los Borbones, cuya restauracion deseaba muy vivamente, le hacia temer á Bernadotte, á quien el emperador Alejandro parecia singularmente aficionado, desde las relaciones que la entrevista de Abo y el asunto de Noruega engendraron entre las córtes de Rusia y de Suecia.

Por todas estas razones juzgaba lord Castlereagh cuerdamente que convenia no atropellar nada, y dejar que de la situacion misma naciera el restablecimiento de los Borbones, sin querer sustituir la accion de los hombres á la de los sucesos. A los dos partidos manifestó que públicamente se

habia ofrecido á Napoleon tratar de ajuste, y que negarse ahora á enviar plenipotenciarios, no solo á Manheim, lugar indicado por Francia, sino á Chatillon, lugar indicado por los aliados, seria colocarse á la faz de Europa en un estado de inconsecuencia de sumo embarazo y que se pondria en Inglaterra muy de relieve; por lo cual habia que negociar con Napoleon sin remedio alguno por decoro de todas las potencias. Al emperador Alejandro, anheloso por ir á París, y á los prusianos, avidos de venganza, les dijo en particular que, al obrar de este modo, no se contraian grandes compromisos, pues ofreciendo pura y simplemente á Napoleon las fronteras de 1790, se tenia segura la negativa; que, si aceptaba por acaso, se le habria humillado y debilitado en términos, que los unos se podian dar por vengados y los otros debian ya vivir tranquilos; que si, por el contrario, no aceptaba de ningun modo, entonces ya se estaria en libertad plena, y la misma Austria, una vez declarada por la reduccion á las antiguas fronteras de 1790, se veria en la necesidad de darse á partido y de abandonar á un yerno intratable, con quien no era posible ningun concierto; y que asi, no acelerando nada, se traerian las cosas al punto deseado muy poco á poco, sin exponerse á la acusacion de inconsecuencia, y sin herir á la córte de Viena, cuyo concurso á la presente guerra era indispensable. Apoyando lord Castlereagh á los que se inclinaban á que se tratara en Chatillon, dió una satisfaccion completa al Austria. Asi al emperador Francisco como á Mr. de Metternich les dijo que, aun cuando creyera dificilísimo sostener con Napoleon una paz estable, su dictámen era que se

probara á venir á ajuste; que respecto de las cuestiones de dinastía que se pudieran suscitar en Francia ningun partido tenia tomado Inglaterra, y hasta procuraba disuadir á los Borbones de aparecer en el continente; que por tanto se aplicaria de muy buena fé á la conclusion de la paz, bien que en el caso de rehusar Napoleon lo que se le ofrecia, no quedaria mas arbitrio que acabar con él; y que, vacante el trono de Francia, sin duda guiada el Austria por su espíritu conservador é ilustrada acerca del mérito de Bernadotte, preferiria á los Borbones, sobre este aventurero que tan caros se hacia pagar servicios que valian tan poco. De este modo halló lord Castlereagh pleno asentimiento en el emperador Francisco y su ministro, quienes se apresuraron á contestarle que por honor estaban obligados á que la oferta de tratar con Napoleon se hiciera efectiva, y tambien lo estaban por decoro, pues el emperador Francisco al cabo era padre; pero que, si Napoleon á ningun precio se queria dar á razones, su dictámen era que se rompiese con él definitivamente, por mucho que costara al padre de María Luisa; que la regencia de esta en nombre del rey de Roma no les parecia una combinacion séria; que á sus ojos era Bernadotte un capricho fugaz de Alejandro, un baldon para toda Europa, y que, derribado Napoleon solo se podian aceptar los Borbones. Asi hubo cabal acuerdo entre lord Castlereagh y el Austria, á la cual se esmeró en tranquilizar del todo acerca de sus intereses materiales. Con efecto, Austria temia que, despues de haberse servido de ella se la hiciese objeto de mofa, y por ejemplo que Rusia, por sacar mejor parte de Polonia, abandonara la Sajo-

nia á Prusia, lo cual obligaria á resarcir á la casa de Sajonia en Italia; combinacion de que ya se habia hablado por aquel tiempo. Otros muchos temores abrigaba, sobre los cuales tranquilizola Castlereagh, empeñando la palabra de Inglaterra en cumplir sus deseos todos.

Con la feliz mezcla de razon, de sagacidad, de energia, y con cierta especie de naturalidad á la inglesa, lord Castlereagh adquirió pronto y por esta via un grande ascendiente sobre los aliados, á lo cual tambien le ayudaba su posicion sobremannera, pues llegando el último y con las manos llenas de recursos, en medio de gentes divididas en dictámenes y en intereses, poseia todos los medios de inclinar la balanza adonde fuera de su grado, y asi no hallaba mas que parciales muy propicios á satisfacer sus deseos para ganarle cada cual á los propios. De este modo con poca intriga y muy llanamente iba á ejercer una influencia decisiva sobre los destinos de Europa.

Arregladas las cosas como acabamos de decir el 29 de enero, dia del combate de Brienne, se adoptó la resolucion de enviar plenipotenciarios á Chatillon. Estos fueron Mr. de Stadion por el Austria, Mr. de Rasoumoffoski por Rusia, Mr. de Humboldt por Prusia, lord Aberdeen por Inglaterra. A este se agregaron lord Cathcart, embajador de Inglaterra en Rusia, y sir Carlos Stewart, ministro de la misma potencia en Prusia. Se determinó que lord Castlereagh fuera igualmente á Chatillon para juzgar por si mismo del curso de las negociaciones, para dirigirlo en caso necesario, y para asegurarse por sus propios ojos de si se podia esperar algo. Por tan interesada se tenia á In-

glaterra en no conceder mas que los antiguos límites de Francia, y en desembarazarse de Napoleon si se podia conseguir de una manera conveniente, que nadie abrigaba sospechas, ni pensaba restringir la influencia de esta nacion en el futuro congreso. Tambien Mr. de Metternich hubiera podido ir á Chatillon; pero, además de que preferia permanecer al lado de los soberanos, le era muy embarazoso verse delante del negociador francés, y se inclinaba mejor á dejar este papel penoso á Mr. de Stadion, que, antiguo enemigo de Francia, si algun embarazo sentia al verla tan maltratada, no seria otro que el de reprimir un júbilo indiscreto.

Al cabo de medio siglo bien podemos decir que las condiciones proyectadas se resentian de indecentes. No solo se imponia á Francia la reduccion á sus fronteras de 1790, aun cuando nadie queria volver á sus límites de entonces, sino que se exigia que respondiera á estas proposiciones sin demora y con la simple afirmativa ó negativa. Se le vedaba, además intervenir en la suerte de los países que debia ceder de resultas. No se habia de fijar en lo que se haria de Polonia, de Sajonia, de Westfalia, de Bélgica, de Italia, ni en cómo se trataria á Baviera, al Wurtemberg y á Suiza. Francia, sin la cual jamás se habia decidido sobre la suerte de una sola aldea en Europa, Francia no debía emitir opinion alguna acerca de los despojos del mundo entero, que en este momento eran suyos. Ciertamente Napoleon habia abusado mucho de la victoria; pero en medio del humo embriagador de Rivoli, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, nunca trató así á los vencidos, y vencidos que es-

taban anonadados. Ahora bien, á la sazón no se hallaba Francia tan por los suelos: sus enemigos avanzaban por su territorio temblando y prometiendo que la guardarian contemplaciones. Sin duda habia cometido desmanes, ó mas bien su gobierno; pero en un dia los borraba todos, y si se hace memoria de que dos meses atrás le propusieron las potencias sus fronteras naturales, con vivas instancias para que las aceptara pronto; de que despues de vacilar un momento habia respondido con una aceptacion formal que en derecho ligaba á los autores de la oferta, se nos permitirá que digamos que las proposiciones enviadas á Chatillon se resentian de indecentes. Así aun cuando el triunfo de Napoleon fuera el de un despotismo intolerable, su victoria constituia actualmente el voto de todos los hombres de bien no extraviados por el espíritu de partido. A la verdad por culpa suya nos venian las humillaciones; pero un delincuente, que defiende el territorio, se transforma en el territorio mismo.

Interin se disponia la marcha de los plenipotenciarios á Chatillon, cuidó Mr. de Metternich de enviar á Mr. de Floret por delante, bajo pretexto de preparar allí alojamiento para los numerosos diplomáticos del congreso, bien que en realidad para dar á Mr. de Caulaincourt, recién llegado á aquel punto, consejos llenos de ingenuidad, y aun diríamos que de cordura, si para Napoleon fueran compatibles con su gloria. Aun no habia contestado Mr. de Metternich á la peticion de un armisticio, que Mr. de Caulaincourt tenia encargo de dirigirle. Esta vez se explicaba sobre el asunto diciendo que, si antes no lo habia mentado, solo

era porque no habia la probabilidad mas remota de que semejante proposicion fuera acogida, y asi la guardaba oculta para impedir que se abusase de ella; que los aliados querian la paz ó nada, y la querian al instante y bajo las condiciones que le iban á ser trasmitidas; que no habia motivo para desconfiar de los ingleses, pues figuraban entre los mas templados; que manifestarles confianza, y sobre todo, á lord Aberdeen, estaria muy bien entendido; que convenia coger esta ocasion de negociar como al vuelo, dado que, una vez escapada, ya no se volveria á presentar nunca; que en caso de negativa se entregarían los aliados á ideas de trastorno, á las cuales, por mas que le doliese, no podria resistir el Austria; que el emperador Francisco lo sentiria por su hija, pero que asi y todo no seria menos fiel á sus aliados, con quienes le unian los intereses de la monarquía austriaca, y grandes obligaciones contraidas durante la última guerra; que suplicaba á su yerno que lo pensara detenidamente y que se resignara á los sacrificios exigidos por las circunstancias; que tambien el emperador de Austria habia tenido que hacer enormes sacrificios en el siglo presente, y los habia hecho, y no por esto habia dejado de volver á la posicion conveniente á su imperio; que importaba saber someterse á la necesidad, á fin de evitar mayores y mas irreparables infortunios.

Vedado estaba á Mr. de Floret avanzar nada sobre las condiciones de paz, y aun dejarlas entrever siquiera. Pero los consejos de que debia ser órgano, bastaban para indicar que de las proposiciones de Francfort se distaba ya mucho.

Resuelta la cuestion política, faltaba resolver

la cuestion militar. El príncipe de Schwarzenberg, que representaba el mismo papel en los asuntos militares que Mr. de Metternich en los políticos, se hallaba naturalmente á la cabeza de los que deseaban que no se pasara de Langres, ora por ver lo que daban de sí las negociaciones, ora por ahorrarse los peligros de una marcha sobre Paris. Se iba á encontrar nuevamente á Napoleon, que al aproximarse á sus recursos se habria reforzado tanto como se habrian debilitado los aliados al alejarse de los suyos: por fuerza habia que apercibirse á darle una batalla decisiva, empresa que con un general de su porte y unos soldados exasperados como los suyos, siempre era aventurada, y de no ganarla se perderia en un dia tan solo el fruto de dos años de inesperados triunfos. A estas consideraciones se agregaban otras referentes á la dificultad de proporcionarse medios de subsistencia. Con efecto, por fuerza se debia apoyar mas hácia el Marne que hácia el Sena, á causa de las tropas dejadas en torno de las plazas, y avanzando se hallaria en medio de la estéril Champaña, donde tendria vino y no pan, á la par que abandonaria á Napoleon la fértil Borgoña. Este era un motivo mas para aguardar el efecto de las negociaciones y la llegada de los refuerzos antes de meterse á fondo. Otras razones habia ocultas y esencialmente austriacas, de las cuales no hablaba el príncipe de Schwarzenberg aunque labrasen mucho en su mente. Se decia que la entrada en Paris, tan suspirada por Alejandro, sin duda seria para este príncipe un triunfo, mas no asi para el suegro de Napoleon; y que por otra parte llevar hasta el último extremo las victorias de la coaliccion, seria

romper mas el equilibrio de Europa, y romperlo en provecho de Rusia y de ningun modo en provecho del Austria.

Estas razones eran de gran peso, aunque posteriormente hayan condenado algunas los resultados. Pero mientras estaban sobre el tapete, se supo la noticia de que Blucher, á pesar de verse olvidado á dejar á la espalda y en torno de Maguncia y de Metz mas de la mitad de sus tropas, se habia ido á situar delante del grande ejército de Schwarzenberg, y de alli al encuentro de Napoleon con la menor parte de sus fuerzas. Despues de tal acontecimiento, ya no cabian deliberaciones, sino que se necesitaba correr en auxilio del temerario general del ejército prusiano, salvo lo que se hubiera de resolver ulteriormente. Con efecto, el 30 de enero, á otro dia del combate de Brienne, el principe de Schwarzenberg puso en movimiento sus cuerpos todos á entrambas orillas del Aube. Blucher se habia retirado algo detrás de la Rothière sobre las colinas de Trannes llenas de maleza. Mas á la espalda situó el principe de Schwarzenberg los cuerpos del general Giulay y del principe de Wurtemberg, que persiguiendo al mariscal Mortier, se habian detenido en Bar-sur-Aube. Sobre Vandœvres, á la orilla izquierda de este rio, y con el fin de amenazar el flanco derecho de Napoleon y de contener á Mortier, llevó su izquierda, compuesta de todas las reservas austriacas á las órdenes del principe de Colloredo. Su derecha, formada por los bávaros, la puso en Eclance, algo mas allá de Trannes, y envió orden á Wittgenstein, llegado ya á Saint-Dizier para que avanzara hasta Solannes á toda prisa. Igualmente previno al cuerpo de York, dejado delante de

Metz, que marchara á Saint-Dizier sin descanso. Por último hácia el centro, donde ya habian acudido el principe de Wurtemberg y el general Giulay en apoyo de Blucher, dispuso otro postrer refuerzo atrayendo las guardias rusa y prusiana.

Inmensa acumulacion de fuerzas era esta sin duda, porque Blucher con los cuerpos de Olsouvieff, de Sacken y de Pahlen, aun contaba despues del combate de Brienne unos veinte y ocho mil hombres: no le llevaban el principe de Wurtemberg y el general Giulay menos de veinte y cinco mil de socorro; otros tantos se suponian al mariscal de Wrède é igual número al principe de Colloredo; se calculaban en treinta mil las guardias rusa y prusiana, en diez y ocho mil el cuerpo de Wittgenstein, y en quince mil el del general de York. Por consiguiente sumaban en totalidad ciento setenta mil hombres, reconcentrados en torno de la Rothière mas de cien mil de ellos. En frente se veia á Napoleon con una de sus alas junto al Aube, otra sobre la colina de Ajou llena de espesura, y por toda defensa la aldea de la Rothière al centro. ¿Y en tal posicion cuántas eran sus tropas? Treinta mil hombres, á juzgar por el combate del 29 y tal vez cuarenta ó cuarenta y cinco mil si se le podia incorporar Mortier, ya llegado á Troyes. Para caerle encima, ahora ó nunca, antes de que llegara refuerzos, con ciento setenta mil hombres reunidos en el espacio de algunas leguas, y de los cuales cien mil estaban ya juntos en la llanura de la Rothière. Estas razones decisivas pusieron término á las discusiones de los dias anteriores, y se resolvió que se presentaria batalla. Fuera de esto, entre Chaumont y Bar-sur-Aube no se podia vivir

mas tiempo; avanzar ó retroceder se hacia forzoso, retroceder no convenia á nadie, y asi era inevitable la batalla como condicion de todo movimiento al frente. Solo por la audacia de Napoleon y su prontitud en las maniobras se juzgó posible que tomara la iniciativa, y dejósele á cosa hecha, pues era ventajoso aguardarle sobre las colinas de Eclance y de Trannes llenas de espesura.

Todo el dia 31 de enero se pasó en tal espera. Habiendo permanecido Napoleon inmóvil, se resolvió irle á buscar á la llanura de la Rothière el 1.º de febrero. Necesario era atravesar cierto espacio; aun se hallaban los cuerpos á bastante distancia unos de otros; no escasa dificultad ofrecia el tránsito de los caminos, como reblandecidos por el barro á pesar de que habia hecho frio, y por estas diversas razones la batalla no podia empezar temprano. Con el fin de no retardarse el mariscal Blucher, hizo poner dobles tiros á su artillería, si bien esta precaucion obligóle á dejar atrás la mitad de sus cañones. En cruzar la distancia de Trannes á la Rothière invirtió la mañana toda. Véase cual era el plan acordado.

Con Sacken, Olsouvieff, Scherbatow y Pahlen debia el mariscal Blucher embestir á la Rothière y tomarla, lo cual semejaba fácil empresa, no teniendo otro obstáculo que el de una aldea situada en medio de una llanura casi rasa y elevándose en ligera pendiente. Entretanto el general Giulay se debia trasladar á Dienville, para ganar el puente sobre el Aube, donde Napoleon apoyaba su derecha, mientras maniobrando al lado opuesto y entre los bosques de Eclance el príncipe de Wurtemberg se debia apoderar de la Giberie y de Chau-

menil, pequeñas aldeas enlazadas al bosque de Ajou donde Napoleon tenia su izquierda. Finalmente el mariscal de Wréde debia atacar esta izquierda, formada por el mariscal Marmont. Para esto necesitaba meterse en un arroyo fangoso, y con maleza á ambas orillas que pasa á la falda de la aldea de Morvilliers, y cruzarlo y ganar esta aldea, y atravesar despues una descubierta y honda llanura junto al linde del bosque de Ajou. Detrás de los setenta mil hombres que iban á operar de este modo, habian de marchar en reserva las guardias rusa y prusiana, lo cual elevaria á cien mil el número de los combatientes. Por último, á las dos extremidades de esta línea de batalla, Colloredo, que estaba á la izquierda del Aube, y Wittgenstein y de York, que cruzaban la selva de Soulaines, ejecutando un doble movimiento circular debian envolver á Napoleon con setenta mil hombres distribuidos á ambas alas. ¿Qué probabilidad habia de que saliera de tal aprieto con treinta, cuarenta, ni aun cincuenta mil combatientes?

Esta era la opinion que acerca de la situacion del ejército francés formaban los aliados, y de tan mala como suponian se ha de calificar por lo menos. No cincuenta mil combatientes, ni aun cuarenta mil podia Napoleon oponer á los ciento setenta mil hombres de la coalicion, sino treinta y dos mil á lo sumo. Verdad es que contaba con una posicion bien escogida, con su genio y con la adhesion de sus soldados. Ahora se verá cómo usó de tales recursos.

Desde por la mañana advirtió gran movimiento entre las tropas de Blucher, y sabiendo que el príncipe de Colloredo habia asomado á la otra par-